

de la **A** a la **Z** EMPODÉRATE

Esta revista esta realizada por las usuarias del taller "ESKAPE" de las asociación Arco Iris.



en femenino

Mujeres a lo largo de la historia

Han sido muchas las mujeres que han marcado la historia, por su valentía y perseverancia al seguir luchando por las desigualdades a las que se veían sometidas en un mundo patriarcal y machistas que solo las invitaba a quedarse en casa realizando las tareas domésticas. Gracias a todas estas mujeres hemos ido creciendo y luchando por la igualdad de derechos. Ellas nos abrieron el camino, ahora nosotras tenemos que continuarlo.

Coco Chanel

Nació el 19 de agosto de 1883 en París. Fue una diseñadora de alta costura francesa fundadora de la marca Chanel. Es la única diseñadora de moda que figura en la lista de las cien personas más influyentes del siglo XX de la revista Time.²

Fue una de las modistas más importantes de la historia, y una de las más innovadoras durante la Primera Guerra Mundial. Produjo una ruptura con la opulenta y poco práctica elegancia de la Belle Époque y creó una línea de ropa informal, sencilla y cómoda.³ Se consolidó también como diseñadora de bolsos, perfumes, sombreros y joyas. Su famoso traje sastre femenino de tweed ribeteado se convirtió en un icono de la elegancia femenina, y su perfume Chanel Nº5 es un producto mundialmente conocido.

Criada en un orfanato de monjas, fue conocida por su firme determinación, ambición y vitalidad que aplicaba a su vida profesional y social. Alcanzó éxito como empresaria y prominencia social en la década de 1910 gracias a los contactos que le ofrecía su trabajo. Altamente competitiva, su personalidad oportunista la llevó a tomar decisiones cuestionadas que generaron controversia y dañaron su reputación, especialmente su colaboración con la Gestapo durante la ocupación alemana de Francia en la Segunda Guerra Mundial.

La guerra y su vínculo con un oficial nazi afectaron seriamente a su compañía y su imagen, publicidad que la competencia se encargó de difundir. Sin embargo, logró reabrir su empresa en 1954,⁶ tras lo cual obtuvo un renovado éxito, especialmente en Estados Unidos y el Reino Unido en un primer tiempo, hasta su muerte en 1971.



Sabías Qué?...

5 libros para aprender a ser feminista (y poder defenderte como tal)

1. Feminismo para principiantes

Autora: Nuria Valera

Editorial: Zeta Bolsillo (2013)

En Feminismo para principiantes, de la periodista Nuria Valera, encontrarás las respuestas a todas las preguntas que surgen cada vez que se habla de feminismo.

2. The Power

Autora: Naomi Alderman

Editorial: Roca (2017)

Tiene un argumento tremendamente original que comienza cuando las mujeres de todo el planeta se dan cuenta de que poseen la capacidad de producir descargas eléctricas.

3. La teoría de King Kong

Autora: Virgine Despentes

Editorial: Literatura Random House (2018)

Trata las páginas en blanco como un ring de boxeo donde reparte golpes por igual al machismo convencional y a las feministas que quieren prohibir la

4. Valerosas 1 y 2. Mujeres que solo hacen lo que ellas quieren

Autora: Pénélope Bagieu

Editorial: Dibbuks (2017)

Rescatan las vidas de mujeres famosas o anónimas que hicieron con su vida lo que quisieron, sin importar su época. Guerreras, vulcanólogas, artistas o mujeres barbudas son algunos de los personajes

5. Los hombres me explican cosas

Autora: Rebecca Solnit

Editorial: Capitán Swing (2016)

Este libro es una recopilación de sus mejores ensayos sobre el feminismo, en los que aborda temas tan diversos como la violencia de género, el papel de las mujeres en la lucha de los derechos civiles o la importancia de crear con conciencia.



ACTUALIDAD



Que no **mueran** más chicas **pobres** para que las **ricas** **aborten** en secreto

Las chicas de clase media sabíamos dónde estaban los hoteles tristes para abortar con dinero en efectivo, conocíamos el nombre del médico y dónde llamar para pedir cita. Íbamos muy asustadas y salíamos más desamparadas, pero reconocíamos el privilegio: las chicas pobres se morían desangradas o con infecciones generalizadas en las urgencias de las maternidades públicas después de intentarlo con agujas de tejer o manojos de perejil, asesoradas por una prima o alguna partera con poca pericia. Eran los tiernos años ochenta y noventa, y, al menos en estos asuntos, Argentina era tan desoladora como la Rumania de Ceausescu que se pintaba en 4 meses, 3 semanas, 2 días, aquella película imprescindible de Cristian Mungiu. Esa Bucarest de esos hoteles tristes en los que los ginecólogos hacían cash podría haber sido cualquier rincón de cualquier ciudad argentina. Todavía hay huecos que lo son un poco, aquellos en los que, a la desesperada, organizaciones llamadas provida se sacan de la manga argumentos peregrinos; sobre todo ahora, cuando la Ley de Interrupción Legal del Embarazo está por fin a punto de ser aprobada. Mañana, 8 de agosto, pasa por el Senado.

El conflicto podía deberse a un preservativo roto en una noche de juerga universitaria o podía ser uno de esos casos que se contaban a toneladas en las villas miseria, niñas o adolescentes violadas por su tío o su vecino. La diferencia era abismal e importaba, sí, pero la cuestión es que todas estábamos decididas a no ser madres de esa manera ni en ese momento. Y también estábamos condenadas a la clandestinidad, y a la culpa, en condiciones muy diferentes, dependiendo del dinero que pudiéramos destinar al aborto. Llamemos “ella” a la mujer de esta historia.



Ella tuvo que hacerse un análisis de orina en un laboratorio de análisis clínicos con la primera falta (aún no había tests de farmacia). A escondidas, el trauma seguía construyéndose. A la clínica clandestina en la zona más pija del centro de su ciudad la acompañó una amiga, en horario de clases de la facultad, para evitar las preguntas familiares. Ella no quiso la compañía su novio, la prueba del pecado, porque a partir de ese momento, todo es pecado y ella cargará esa mácula para siempre, más allá de cualquier religión. Él, compungido, se quedó todo el tiempo en una cafetería a pocos metros de la clínica pirata, esperando el permiso de ella para acercarse.

Antes de entrar al quirófano, a ella le dieron una habitación de hotel con una cama individual. A los diez minutos, entró la enfermera y le pidió el dinero. Su amiga le acercó los billetes. En medio de la oscuridad real o imaginaria de los pasillos, ella vio aparecer al ginecólogo robusto y cojo. La parte del quirófano ya casi no puede describirla porque todo fue angustia bañada por chorros de luz de los tubos fluorescentes.

El proceso fue rápido pero muy humillante, no hubo ninguna contención profesional,

ni pizca de cariño o consuelo. Las piernas abiertas, sangrando. Aquello dolió y hubo que pasar el posoperatorio como si nada, sin baja en el trabajo ni ausencias en la facultad ni cara de dolor en casa.

Un paréntesis. Unos años más tarde, el ginecólogo robusto y cojo que intervenía en las condiciones que podía (o que su afán de rédito le permitía), resultó procesado por la muerte de una paciente. Ella leyó la noticia, estremecida y muda. Muda.

Ella pertenece a la generación de las hermanas menores de los desaparecidos de la dictadura (entre el 1976 y 1983), que están viviendo los albores de una primavera constitucional y, sin embargo, aceptan en silencio el hecho de que el aborto sea un crimen que se paga con la cárcel. Poco después de su propia incursión en el crimen, ella acompañó a una amiga de la infancia a practicarse un aborto a una consulta instalada en el garaje de una casa unifamiliar de barrio. Otra compañera de facultad pidió una recomendación o la nueva dirección del ginecólogo cojo (porque ellos mudan sus consultas a menudo, claro).

En las charlas casi adolescentes de estas mujeres se coló siempre la historia amenazante de una infección mal atendida con tal o cual partero y el cargo de conciencia eterno con esa noción de la vida impuesta. En cada una de esas chicas creció el remordimiento de tantos años de educación culpógena bien fortificada gracias a las deplorables prácticas clandestinas. Era difícil discutir abiertamente este asunto: incluso en el ámbito de la militancia de izquierda el aborto se escondía, como palabra y como derecho.

“La lucha por la secularización es la lucha por el derecho”, explicó la jurista argentina Aída Kemelmajer hace unos días ante el Senado, la cámara que mañana 8 de agosto tendrá que convertir en ley la interrupción voluntaria del embarazo hasta la semana 14, que ya cuenta con la aprobación de la Cámara de los Diputados desde el pasado junio. En la calle, la campaña por el aborto legal, seguro y gratuito compensa en voz alta todas esas décadas de mancha muda.

La amiga que abortó en aquel garaje optó años después por integrar activamente un grupo antiabortista. Ella le preguntó por qué: “Porque me arrepentí”. Sin embargo, a todas nos sucede ese remordimiento y no pensamos que una solución general al tema del embarazo no deseado sea siempre llevarlo a término. ¿Qué hay de la mujer obligada a ser una máquina de reproducción antes que persona?

El estrés postraumático ya parece venir unido en esta maquinaria moral perfecta que se nos construye como mujeres. Lidiaremos para siempre, más o menos calladas, con estos momentos de dolorosas decisiones, aunque nos manifestemos en la calle contra la criminalización de nuestros actos de autonomía. Y si tras un aborto decidimos ser madres el sufrimiento por aquel episodio se volverá aun más intenso. Créannos: no es necesario someternos al castigo de la ilegalidad. Las hijas de las secuestradas de los militares genocidas se convirtieron en mujeres, son las nietas de las Madres de Plaza de Mayo, compran tests de embarazo en la farmacia cuando a ellas o a sus hijas se les rompe el preservativo. Si ahora, en 2018, no pueden llevar el embarazo adelante, tienen que conseguir el teléfono de alguien que no tendrá nombre propio y que les devolverá la llamada desde un número sin registrar.

Abortar está penado con cárcel y es punible también ayudar a alguien a hacerlo. Mujeres bravas de asociaciones solidarias les devolverán la llamada desde un número anónimo y les darán las indicaciones sobre la píldora a comprar, sus efectos y cómo sobrellevar los síntomas de un aborto químico. No pueden dejarse ver ni estar presentes. Ellas, unas y otras —las que lo tuvieron que experimentar antes, las que lo sufren después, las que tiemblan y tienen el dinero ahorrado por las dudas— acumulan desolación y más estigma. Las niñas más pobres de los barrios que hoy son mucho más pobres mueren cada día en los dispensarios rurales y en las salas de espera de los hospitales. Las cifras son apabullantes. Hace 20 años, un médico de referencia como René Favaloro lo expresó gráficamente: “Los ricos defienden el aborto ilegal para mantener el secreto. Estoy harto de que se nos mueran chicas pobres para que las ricas aborten en secreto (...) Con el aborto legal no habrá más ni menos abortos, habrá menos madres muertas. El resto es educar, no legislar”.

La realidad social del aborto y su clandestinidad forzosa no resuelven el asunto de las vidas en gestación, pero sí “condena a las mujeres sin recursos que, en muchos casos, son niñas abusadas”, explicaba la reputada jurista Kemelmajer, con aplomo, sin la emoción de los discursos encendidos de hace algo más de un mes en la Cámara de Diputados. Se han dado todos los pasos, con paciencia. Quizá demasiada.



E

Empoderamiento: del inglés empowerment, es el proceso por el cual las mujeres ganan confianza, visión y protagonismo para impulsar cambios positivos en las situaciones de desigualdad en las que viven.

Estereotipos de género: de origen cultural, son un conjunto de ideas utilizadas para explicar la forma de comportarse y los roles que deben tener en sociedad los hombres y las mujeres. Dentro de los estereotipos de género masculinos encontramos la fortaleza, la seguridad en uno mismo, la incapacidad emocional o la agresividad. En los femeninos podemos encontrar la dulzura, la sumisión o la delicadeza.

F

Feminismo: ideología que defiende que las mujeres deben tener los mismos derechos que los hombres.

Feminismo radical: consecuencia de un movimiento intelectual, social y político desarrollado entre finales de los 60 y principios de los 70, que decide que las mujeres deben ser las artífices de su propio cambio al estar cansadas de negociar pequeñas cuotas de igualdad con los hombres y de medir la lucha comparándose siempre con el estatus masculino. Su lema principal es “lo personal es político”, ya que ayudaron a visibilizar la problemática de la violencia “doméstica” que sufrían las mujeres que a finales de los 60 se consideraba privada, personal o sencillamente “normal”. Puedes leer más sobre feminismo radical aquí.

Feminazi: término peyorativo inventado para desprestigiar la lucha feminista. Lo popularizó el locutor de radio Rush Limbaugh, ligado al Partido Republicano en Estados Unidos, para referirse a las mujeres que defendían el derecho al aborto que el autor asociaba con el Holocausto.